

das y sus puertas son dos, y con la misma disposición que en las Rosas, su cúpula esbelta, su torre como todas las morelianas parece elevar un dardo agudo en el cielo; además, está llena de remates que parecen arponcillos y rompen la silueta del chapitel que la termina. Anexo estaba el nuevo convento preparado para recibir a sus angélicas habitantes. Allí se efectuaron suntuosas ceremonias y después las monjas penetraron despidiéndose del mundo, de la Valladolid que acababan de ver como una visión de sueño, para enterarse por luengos años en la clausura severa de su regla.

Si nosotros continuamos por esta calle, la principal de Morelia, llegamos a una bella plaza formada por un acueducto que la bordea en forma

caprichosa: es el viejo acueducto que surtía de agua a Valladolid, y cuya construcción se debe al famoso obispo Fray Antonio de San Miguel, que dió principio a la obra hacia 1785, para terminarla cuatro años después. Sus arcos robustos recuerdan los viejos arcaduces romanos y la perspectiva que se pone en esta parte de la ciudad es de una belleza inconfundible. Atravesando el arco principal del acueducto se encuentra una calzada formada de piedra; es la calzada de Guadalupe que termina en el santuario así designado, y en el convento de San Diego. Al Sur se extiende el anchuroso y feliz bosque de San Pedro, adonde los habitantes de esta noble ciudad acuden frecuentemente en pos de reposo, salud y solaz.

EL COMUNISMO Y EL ALMA HISPANICA

Por RUBEN SALAZAR MALLEN

Publicamos el presente estudio del licenciado RUBEN SALAZAR MALLEN, el cual aparece como un testimonio de la absoluta imparcialidad de esta Revista, al lado de los ensayos del licenciado Alfonso Teja Zabre, de opuesta orientación ideológica, los cuales podrán leer nuestros lectores en nuestra sección "El Grano en la Espiga".

ES frecuente escuchar que con un acento de absoluta certidumbre se dice que el día que los Estados Unidos de Norteamérica se conviertan al comunismo, los países hispanoamericanos, automáticamente, o casi automáticamente, convergerán hacia la organización comunista.

Esta afirmación, a primera vista justa y fundada, descansa en el supuesto de que la América Hispana depende por entero, en su vida y en los fundamentos de su vida, del obrar de los Estados Unidos de Norteamérica. En efecto, una correlación tan estrecha entre el acontecer en el ámbito norteamericano y el acontecer en las regiones que se extienden al Sur del Río Bravo, sólo se explica a cambio de una dependencia total, de una sujeción completa de éstas a aquél, esto es, a cambio de aceptar que todas las causas que determinan la existencia en Hispanoamérica residen en los Estados Unidos.

¿Hasta qué punto es esto exacto?

No cabe duda que los países hispanoamericanos están regados por poderosas corrientes que llegan del Norte. La actividad de nuestras comarcas, o, más propiamente, la actividad en nuestras comarcas es cada vez más semejante a la actividad de los Estados Unidos. Se diría que cal-

camos cotidianamente hasta en los actos más nimios, hasta en las manifestaciones más escondidas de la existencia, y que esta calca se torna día a día más servil.

No es preciso insistir sobre el tema para persuadirse de su verdad; pero sí es necesario reflexionar en que la imitación alcanza nada más a lo exterior, a lo superficial. La intimidad, el espíritu hispanoamericano han sabido preservarse de la influencia norteamericana. El contagio es de la piel, no de las entrañas, pues si bien proceden los hombres del antiguo solar hispano en una forma paralela a aquella en que proceden los habitantes de los Estados Unidos, el proceder no va más allá de la conducta, del modo de proceder, de actuar, en tanto que el sentimiento y el pensamiento son muy otros.

Es este un dato característico de la manera de ser del hombre de la América hispánica: el desacuerdo entre su conducta y su ser íntimo. Su conducta está regida por aquellos principios que permiten y autorizan el empleo y la sumisión a la técnica. Su ser íntimo, por el contrario, no se ha sometido todavía. Esta parte de América que fecundó España, sigue siendo la América que "reza a Jesucristo y habla en español".

De esta suerte es que la realidad hispanoamericana se escinde en dos: civilización de tipo semejante a la civilización norteamericana, cultura de tipo hispánico, esto es, ser íntimo próximo a España. Desde el Bravo hasta la Tierra del Fuego, la escisión se arrastra a través de los sombríos bosques, de los desiertos, de los lagos, de las llanuras y de las ciudades. Una es el alma y otro es el cuerpo.

Cierto que civilización y cultura se encuentran ambas en la corriente vitalista que anima a nuestra época. Cierto también que cultura y civilización contemporánea se dan la mano en el vitalismo, en el "existencialismo", que podría decir con desdén Huizinga; pero esto no establece una identidad entre una y otra.

El vitalismo que alimenta a la civilización norteamericana es diverso e incluso opuesto al vitalismo que nutre a la cultura hispánica. Aquél es exterior, se proyecta hacia afuera del hombre, en tanto que el segundo es característicamente íntimo.

En el vitalismo de tipo norteamericano, es el vivir la preocupación principal. En el vitalismo de tipo hispánico, el conocer supera o aspira a equilibrarse con el vivir. De ahí la antítesis entre la realidad norteamericana y la realidad hispanoamericana.

Ya Huizinga, en su obra "Entre las Sombras del Mañana", ha señalado como eje de la crisis de la civilización el conflicto entre el conocer y el existir.

"He aquí el punto central en la crisis de la civilización—dice—: el conflicto entre el conocer y el existir. Este conflicto no constituye una novedad. Ya en los tiempos más antiguos de la filosofía hízose cargo ésta de la insuficiencia fundamental de nuestro conocimiento. En el fondo, la realidad en que vivimos continúa siendo incognoscible, imposible de aprehender con los medios del espíritu, absolutamente incongruente con el pensamiento. En la primera mitad del siglo XIX esta vieja verdad, sabida ya por un Nicolás de Cusa, fue proclamada nuevamente por Kierkegaard y colocada en el centro de su especulación como contraposición entre la existencia y el pensamiento. Ello le sirvió para fundar más sólidamente su fe. Pero los que vinieron después de Kierkegaard y, caminando independientes, aunque por vías semejantes, se apartaron del pensamiento y de la orientación hacia Dios, hicieron encallar la idea, ora en nihilismo y desesperación, ora en el culto de la vida terrenal. Nietzsche trató de salvar al hombre de su trágica renuncia a toda verdad y admitió allende el afán de conocer las cosas un fondo más profundo, una voluntad de vida, que creyó comprender como volun-

tad de poderío. El pragmatismo quitó al principio de la verdad la pretensión de validez absoluta, colocándolo en el cauce de la corriente que la época seguía. "Verdad" es todo aquello que posee valor esencial para los hombres que la profesan. Algo es verdad, según el valor que tenga para un determinado período. Un espíritu tosco podía fácilmente entenderlo así: porque algo tiene validez, por eso es verdad. Las consecuencias contenidas en un concepto de la verdad, reducido a relatividad, encerraban una especie de igualitarismo intelectual y moral, una supresión de toda diferencia de categorías y valores entre las ideas. Pensadores sociólogos como Max Weber, Max Scheler, Osvaldo Spengler, Carlos Mannheim, encontraron en la "vinculación del pensar al ser" un punto de partida que les aproximó al materialismo histórico, implicando expreso la tendencia antinoética, detractora del pensamiento cognoscitivo. Al hablar de tendencia "antinoética" quiero expresar con este término un concepto muy general: el "oponerse al principio del conocer". Pues bien, poco a poco las fuerzas "antinoéticas" de un siglo han ido confluyendo en una corriente poderosa que, en poco tiempo, ha llegado a poner en peligro diques de cultura espiritual, siempre considerados como inquebrantables".

Pues bien, estas fuerzas antinoéticas de que habla Huizinga, se han acumulado sobre todo en los Estados Unidos y en la Unión Soviética. No en vano hermanaba Franz Werfel a ambos países. Uno y otro son grandes depósitos de fuerzas antinoéticas. El pragmatismo que en ambos priva, borra del horizonte humano la necesidad de la verdad, hace que el hombre, preocupado por el vivir, olvide casi totalmente el conocer, esto es, el hombre auténtico, el hombre profundo.

Es por ello que la Unión Soviética, parejamente con los Estados Unidos, se han alejado del humanismo hasta colocarse en sus antípodas. Allí el conocer es cosa secundaria, no obstante la abundancia de sabios e investigadores, pues sabios e investigadores sólo mueven su afán en vista de servir a la técnica, de conquistar nuevas ventajas desde el punto de vista existencial, de enriquecer y acomodar el clima en que se desenvuelve la vida material del hombre.

En ese ambiente antinoético se realiza plenamente el materialismo histórico. En él sí es la economía la estructura de la sociedad y todas las restantes formaciones sociales simples superestructuras. El hombre se vacía de problemas, se ahueca, se arranca las entrañas, no desea conocer, sino vivir.

Es ésta una de las premisas del comunismo. Es un reconocimiento de que la vida toda se

funda en la actividad económica y depende de ella, el punto de partida indispensable para convertirse y ansiar que el comunismo sea implantado. Por eso los Estados Unidos están tan cerca de un gobierno soviético, a un paso de un gobierno soviético. Allí la lucha contra el comunismo es nada más lucha de intereses materiales, es colisión de fuerzas económicas, es el conflicto entre el capital y el trabajo. Nada más.

Pero en los países hispanoamericanos no ocurre lo mismo. En ellos hay, además del choque entre capital y trabajo, entre las fuerzas puramente materiales, una serie de conflictos diferentes, que proceden todos, o la mayor parte, del carácter no antinoético de la vida.

El debate toma aquí caracteres más complejos y más angustiosos. No se lucha exclusivamente por los bienes materiales. En la América Hispana resuena todavía la voz de Cristo: "No sólo de pan vive el hombre". Y es que la cultura hispanoamericana, esto que se encuentra por debajo de todas las imitaciones de la técnica, hunde sus raíces en la cultura española, esa cultura que ha permanecido fiel a sí misma en sus rasgos esenciales, que no quiere traicionarse, aunque no por ello se niega a ver al mundo actual.

En efecto, el vitalismo hispánico carece de ese carácter antinoético, de ese desprecio absoluto por la verdad que en otras culturas es consecuencia inevitable del afán de vivir. Una sed voluntarista anima al vitalismo español; pero en él la voluntad no desembocó en el vivir y se queda en él, sino que aspira a alcanzar el conocimiento, la verdad.

Por eso es que el pensamiento español, que engendra y anima al hispanoamericano, puede afirmar la vida sin negar u olvidar la verdad. Pretende obtener una síntesis, un equilibrio supremo. "No es la inteligencia sino la voluntad la que nos hace el mundo, y el viejo aforismo escolástico de *nihil viditum quin praecognitum*, nada se quiere sin haberlo antes conocido, hay que corregirlo con un *nihil cognitum quin praeviditum*, nada se conoce sin haberlo antes querido", escribe Unamuno en "El Sepulcro de Don Quijote", que precede a la "Vida de Don Quijote y Sancho", y sólo después de esa consideración tiene validez su afirmación de que "la verdad es lo que hace vivir, no lo que hace pensar".

No hay aquí animosidad contra el conocer, odio o desprecio por el conocer, como pudiera creerse. Hay que vivir y fundamentalmente vivir; pero para llegar a una etapa última que es la consecución de la verdad, porque nada se conoce sin haberlo antes querido, porque la vida aproxima al conocimiento.

Es por ello, y aquí interviene un nuevo elemento, que la fe, el aliento que da a la vida un sentido, hace falta. No vivir en un constante deambular ciego, como en el vitalismo antinoético, sino vivir intensa y profundamente guiados por una fe que sea como el impulso que lleva hacia el conocer íntimo, que sumerge en el conocimiento, por una fe fecunda que sólo se da en el conflicto. "En mantener esa lucha entre el corazón y la cabeza—dice Unamuno en "La Vida de Don Quijote y Sancho"—, entre el sentimiento y la inteligencia, y en que aquél diga ¡sí! mientras ésta dice ¡no! y ¡no!, cuando la otra ¡sí!, en esto y no en ponerlos de acuerdo consiste la fe fecunda y salvadora".

Sólo esta clase de fe puede conducir hacia la inmortalidad, hacia la inmortalidad "de carne y hueso" que quiere Unamuno, y es que una tal fe no se quedaría en lo terrenal de este mundo, exigiría un alimento espiritual, que es ajeno por completo al vitalismo antinoético. Así persigue la síntesis última, que no excluye a la verdad ni a la vida, sino que las une en un consorcio indestructible: "Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con El luchó Jacob". (Mi Religión y Otros Ensayos).

¿Y qué decir de Ortega y Gasset, el otro gran pensador español contemporáneo? Vitalista también, radicalmente vitalista, no se vuelve contra el conocer, no desdeña a la cultura. "La vida inculta, es barbarie; la cultura desvitalizada, es bizantinismo", dice en "El Tema de Nuestro Tiempo", y añade: "La vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital".

Todo el libro, todo "El Tema de Nuestro Tiempo", está iluminado por esa certeza, exalta la síntesis de vida y cultura y coincide así con "El Sentimiento Trágico de la Vida", "Mi Religión y Otros Ensayos", "Vida de Don Quijote y Sancho" y en general con la obra toda de don Miguel de Unamuno. Tanto éste como Ortega y Gasset se manifiestan opuestos al vitalismo antinoético, están en el vértice contrario al vitalismo antinoético.

Ahora bien, Unamuno y Ortega y Gasset, sin olvidar a José Vasconcelos, que también es un vitalista no antinoético, como se entiende claramente leyendo su "Metafísica", en que el conocimiento superior se integra en la emoción, en las revulsiones de la energía que han alcanzado el círculo de la emoción, deben ser reputados los

más grandes pensadores del mundo hispánico, los guías de la vida española e hispanoamericana.

Verdad es que solamente se les lee y se les conoce en una forma directa en ciertos círculos; pero por ese sorprendente fenómeno de capilaridad de la cultura, sus ideas trascienden a todas las capas sociales y en ellas encuentran su asiento. Es así que se puede estar de acuerdo con ellos, y de hecho muchos lo están, sin haberlos leído jamás, sin haber siquiera oído mencionar su nombre.

En realidad el prestigio de esos pensadores se debe no a cualidades intrínsecas nada más, sino también y de modo muy principal a que son intérpretes y encauzadores de los sentimientos e ideas que flotan en el ambiente, que son la sangre del ambiente. No otra es la virtud del guía. Y justamente esto hace pensar que si Unamuno, Ortega y Gasset y Vasconcelos han conseguido un tan alto rango en la vida española e hispanoamericana, es porque ellos representan esa vida, porque están en la corriente que anima a esa vida.

Todo esto, por supuesto, sin olvidar a figuras de menor escorzo, aunque no menos significativas: Pío Baroja, Azorín, Antonio Machado y otros en que palpita el vitalismo junto al ansia de conocer la vida, no exclusivamente de vivirla.

¿Cómo establecer, pues, una dependencia absoluta entre el acontecer de los Estados Unidos y el de la América Española? ¿Cómo afirmar que el comunismo en Estados Unidos significará el comunismo en la América Española?

Esto es ignorar las esencias y guiarse solamente por las apariencias. Si el comunismo llega a los Estados Unidos y erige allí su poderío, es porque tiene ante sí un campo barbechado, porque ya el vitalismo antinoético, porque ya el ma-

terialismo, sopla sobre las tierras del Norte con robusto pulmón. Poca y menguada será la lucha: sólo un aspecto importante tendrá, la de lucha por los intereses materiales, o terrenales, para emplear el término más amplio y más justo.

En cambio, en la América Española la invasión del comunismo ha de ser mil veces más difícil. Los problemas que surgirán para que esa invasión se cumpla han de multiplicarse; no solamente se luchará en el frente de los intereses terrenales, sino también en el de los espirituales.

Los síntomas son muy claros: en México el Partido Comunista trató de erigir su hegemonía sobre la base de un Frente Popular que fuera su dócil instrumento; pero apenas descubierto el engaño, apenas sentido, aunque no visto, el fondo del comunismo y la trampa tendida por los secuaces de Stalin y Dimitrof, la desertión de las masas se ha iniciado, el Partido Comunista, disfrazado de Frente Popular ha sido desgarrado y roto. En Perú, el aprismo supera en mucho al comunismo, la APRA está por encima, en cuanto a poder para movilizar la vida nacional, del raquíptico Partido Comunista Peruano. Por último, los tres principales países de la América del Sur, Argentina, Brasil y Chile, declaran abiertamente la guerra al comunismo.

Todo esto es muy significativo. Indica que el temor que muchos alientan de que el comunismo sólo espera su triunfo en los Estados Unidos para romper sus cadenas en la América Española, está fundado en el error y en el desconocimiento de la auténtica vida hispanoamericana. Lo contrario es la verdad: si un dique ha de tener el comunismo, aparte de los que se le han puesto ya en Europa, será la América Hispana. A pesar de los Estados Unidos de Norteamérica.

DOS POEMAS DE JUAN COTTO Y UNA NOTA CRITICA DEL DR. ANTONIO CASO

ESTOS poemas dan la impresión exacta de la intuición pura y del más claro éxtasis. El poeta se asoma al mundo, con un asombro cordial que, a fuerza de ser constante, forja su ambiente de belleza y define el propio señuelo de su estro. Juan Cotto es un artista para quien la vida guarda arcanos íntimos. Oído, en este delicado nocturno de Pátzcuaro:

“¡Rema suave, suavemente...
no rompas los luceros
que en el fondo del agua están dormidos!”

—“Dueños somos, amigo, del secreto
que en el más puro amor tienen las almas—.”

¡Alza la mano, guarda el remo,
no sea que se rompan los cristales
que guardan el tesoro de la noche...!

y, así como este emblemático episodio, son las otras evocaciones de Cotto. En ellas se cifra la interna perfección que el mundo provoca en la mente, al robar el alma del poeta para fundirla y confundirla con un ritmo inefable.